



# Ponencia del VI Congreso de Málaga

por Elías Royón S.J. (Provincial de España)

Deseo que mis primeras palabras sean de agradecimiento por la invitación a participar en este VI Congreso de la Federación Española de los Antiguos Alumnos y Alumnas de los jesuitas. Es para mí, como Provincial de España de la Compañía, un honor y un compromiso estar aquí esta noche en la inauguración de este Congreso. La Compañía tiene muy en su corazón vuestras Asociaciones. Cuenta y desea continuar contando con todos sus Antiguos Alumnos como colaboradores imprescindibles en las diversas facetas de su misión evangelizadora en este momento de la historia.

La prueba más evidente de ello es que en las dos últimas Congregaciones Generales se hace referencia explícita a vuestras Asociaciones. La 34 decía recogiendo unas palabras del P. Kolvenbach al Tercer Congreso Mundial: “Las Asociaciones ayudan a nuestros antiguos alumnos/as a hacer fructificar en sus vidas y en el mundo la formación que recibieron” (D.13, n.17). Y la reciente Congregación 35 refiriéndose, entre otras asociaciones, a la de los Antiguos Alumnos dice: “Constatamos con gran sentimiento de gratitud y alegría cuántas son las asociaciones autónomas con las que compartimos un vínculo espiritual cuyo fruto es un mayor y más efectivo servicio a la misión de Cristo en el mundo” (D. 6 n. 28).

Compartimos el espíritu ignaciano que deseamos sea el inspirador de vuestras vidas personales y familiares y de vuestra presencia en la sociedad y en la Iglesia. No es intención de la Compañía que las Asociaciones de sus Antiguos Alumnos sean grupos en perenne dependencia de ella, sino que se constituyan en Asociaciones responsables y autónomas que ayuden a sus miembros a que fructifique la formación que recibieron. ¡El resultado de una buena formación se muestra en que los educandos pueden prescindir de los educadores, hacerse adultos; Los jesuitas no les abandonamos, pero tampoco debemos continuar dirigiéndoles. Estaremos junto a vosotros para inspirar, animar y ayudar. Tenemos suficiente confianza en que los antiguos alumnos y alumnas serán capaces de llevar adelante, en sus vidas y en el mundo la formación que recibieron. Una formación que les debería preparar para tener cada día una conciencia más clara de su propia responsabilidad e impulsarles al servicio de Cristo y de la Iglesia.

Después de mi saludo, mi felicitación. Mi felicitación muy sincera por el tema que habéis escogido para este Congreso. Queréis reflexionar sobre una de las realidades más terribles de nuestro tiempo, de algo que está identificando a nuestro mundo globalizado. El fenómeno de la inmigración está presente en la vida cotidiana de nuestros pueblos y ciudades, y desgraciadamente no como algo que se acoge positivamente y con el que se convive con normalidad. La inmigración suscita nuestra angustia y nuestra compasión cada día, cuando contemplamos en los telediarios las escenas de la llegada imparable de pateras y cayucos, o las terribles imágenes de los cuerpos muertos que el mar devuelve a las playas canarias, que se cuentan ya por cientos y tal vez por miles; o como nos impresionaron, las escenas de la crisis de las fronteras de Ceuta y Melilla cuando cientos de subsaharianos intentaban saltar las alambradas.

El prójimo de la parábola del buen samaritano se encuentra hoy en las calles y plazas de nuestras ciudades, es el inmigrante apaleado por nadie en particular y por todos en general; por todos los que estamos contribuyendo a crear, en su faceta negativa, esta sociedad cultural y económicamente globalizada y neoliberal. Tendremos que hacernos samaritanos para curar tantas heridas producidas por el rechazo, el miedo a las diferencias y en definitiva la exclusión social. Heridas profundas que afectan a la dignidad de la persona y se alargan a los más inocentes y desprotegidos: los niños y adolescentes; los menores que vienen solos, o con sus familias, o los que van formando ya la segunda generación de inmigrantes.

La globalización ha abierto los mercados pero no las fronteras, ha derrumbado las barreras a la libre circulación de la información y de los capitales, pero no lo ha hecho, en la misma medida, con la libre circulación de las personas. Y sin embargo ningún estado puede sustraerse a las consecuencias de alguna forma de migración, a menudo extremadamente vinculada a factores negativos, como el aumento de las desigualdades entre el norte y el sur, la proliferación de conflictos y guerras civiles, las barreras de protección que impiden que los países emergentes puedan colocar sus productos en los mercados occidentales, etc. etc. Casi todos los países, y ciertamente España entre ellos, por un motivo u otro, se enfrentan hoy con el fenómeno de las migraciones en la vida social, económica, política y religiosa; un fenómeno que va adquiriendo, cada vez más, una configuración permanente y estructural y que afecta a casi todas las esferas de la sociedad. Y que en estos meses, a causa de la crisis económica por la que atraviesan todos los países occidentales, se está haciendo cada vez más dramático.

El deseo de pensar y “dejarse afectar”, como Antiguos Alumnos y Alumnas de los jesuitas, por este fenómeno de nuestro tiempo es signo de que deseáis poner en práctica en vuestras vidas privadas y también, en cuanto sea posible, en la vida pública, como cristianos y ciudadanos responsables, lo que la Compañía ha intentado transmitir en las aulas de nuestros Colegios. El P. Arrupe lo formuló sintéticamente en aquellas palabras del Congreso de Antiguos Alumnos de Valencia de 1973: *“formar hombres y mujeres para los demás”*, cuyo texto completo decía:

*Hoy nuestro principal objetivo educativo debe ser formar hombres y mujeres para los demás; gente que no pueda concebir un amor a Dios que no incluya amor por el menor de sus vecinos; hombres y mujeres totalmente convencidos que un amor de Dios que no se manifieste en justicia para los demás es una farsa. Este tipo de educación va directamente en contra de la tendencia educativa que prevalece prácticamente en todo el mundo.*

El P. Kolvenbach en los Congresos de Versalles, de Palermo, de Loyola-Bilbao, pidió a los AA. AA. un esfuerzo en favor de los pobres, y especialmente en favor de los más pobres de los pobres, los inmigrantes, los refugiados. Y volvió a insistir en el Congreso de Bruselas de 1993 con estas palabras: “Millones de hermanos y hermanas nuestros, sin ninguna culpa por su parte, se encuentran en la horrible situación de tener que dejar su casa, su país, a causa de las guerras, de la opresión, de las amenazas, del hambre. Los cuatro jinetes del Apocalipsis les echan hacia lo desconocido, donde a menudo deben vivir sin dignidad, sin derechos, incluso sin el mínimo vital. Y sin embargo, son seres humanos, padres y madres como vosotros, viviendo con la preocupación de sus hijos, que de repente se encuentran extraños en una tierra extranjera, a menudo marginados, incluso entre los cristianos.” (Selección de Escritos, II, 623)

Desde nuestras convicciones cristianas que nos llevan a considerar a los demás como hijos de Dios, hermanos nuestros, el fenómeno migratorio es, en este momento, donde mejor podemos poner en práctica ese conjunto de actitudes que conforman a un hombre y a una mujer “para los demás”.

La Iglesia ha contemplado siempre en los inmigrantes la imagen de Cristo a quien escuchamos afirmar: “era forastero y me hospedasteis”. Es ciertamente del Hijo de Dios, Jesús y de sus padres María y José, de quien se dice en el evangelio que apenas nacido, ha de vérselas con las fuerzas políticas que, silenciosamente, tejen a su alrededor sus redes de alianzas y de enemistades, constriñendo a esta familia débil y sin protección, a la única defensa que le es posible, la fuga al extranjero. Por esta experiencia personal, Jesús cumple el destino de su pueblo y de tantos otros pueblos, que es la emigración, la huida y el exilio. Para manifestar claramente que el amor de su Padre por el débil es la característica distintiva de nuestro Dios, Jesús mismo ha querido compartir la existencia del pobre sin defensa, del desarraigado que debe suscitar en nosotros una reacción de verdadera compasión y solidaridad.

El amor de Cristo a los más pobres y el amor a Cristo en los más desfavorecidos, fundamenta pues nuestro compromiso para afrontar sus problemas que han llegado a ser mundiales. El fenómeno migratorio, cada vez más creciente, constituye uno de los desafíos más

importante con que nuestra sociedad se enfrenta en la actualidad, y en consecuencia también la Iglesia, la Compañía y cada uno de vosotros, cristianos conscientes de la responsabilidad con el prójimo que se deriva de la fe.

Es obvio que la Compañía, que ha formulado su misión como el compromiso por la justicia que nace de la fe, haya optado, como sabéis, por la atención a los inmigrantes y refugiados como una de sus prioridades apostólica. Efectivamente, en el mes de enero de 2003, el P. Kolvenbach, entonces Superior General de la Compañía de Jesús, proponía a todos los jesuitas cinco prioridades a tener en cuenta en todos los proyectos apostólicos de las más de ochenta provincias y regiones extendidas por todo el mundo. Una de esas prioridades era la atención a la **inmigración**. Se ampliaba así el horizonte que desde hacía más de veinte años el Servicio Jesuita para Refugiados (JRS), fundado por el P. Arrupe, estaba prestando. La Congregación General 35, que acabamos de terminar, ha confirmado que las necesidades de los inmigrantes, incluyendo los refugiados, los desplazados internos y las víctimas del tráfico humano, deben ser consideradas como una prioridad de la Compañía.

El Santo Padre Benedicto XVI en su discurso a la Congregación General nos decía: “Retomando y desarrollando una de las últimas intuiciones clarividentes del Padre Arrupe, vuestra Compañía sigue trabajando meritoriamente en el servicio de los refugiados, que son a menudo los más pobres de los pobres y que tan necesitados están no sólo de auxilio material, sino también de esa más profunda cercanía espiritual, humana y psicológica que es más propia de vuestro servicio” (n.8)

El Papa nos anima a proseguir nuestra misión entre los pobres y con los pobres, ya que nuestra opción no es ideológica sino que nace del evangelio, “está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza” (2 Cor 8,9).

Ya desde hacía tiempo las provincias españolas de la Compañía estaban comprometidas en esta tarea de ayuda a la inmigración. Así en las Jornadas de reflexión sobre nuestro compromiso en el apostolado social en España que tuvo lugar en Alcalá en diciembre del 2000, se concluía que la inmigración debería ser priorizada en el trabajo social de los jesuitas españoles. Sin embargo, después de la llamada del P. Kolvenbach en el 2003, se ha incrementado esta incidencia en uno de los problemas clave de la justicia de nuestro tiempo. Recientemente hemos visto la necesidad, para ser más eficaces y aumentar la sinergia, de constituir una red con el nombre de “Servicio Jesuitas Migración”, que integra todas las Instituciones de la Compañía en España que trabajan en distintos campos con los inmigrantes. Pero no sólo estamos trabajando en red con instituciones de los jesuitas, sino también con otras asociaciones e instituciones eclesiales y de otro origen, que defienden los mismos valores y pretenden los mismos objetivos. No puedo dejar de aludir aquí con agradecimiento, a los voluntarios y colaboradores, entre los cuales hay muchos antiguos alumnos y alumnas, sin cuya colaboración sería imposible realizar el trabajo que se está llevando a término.

Resumiendo, diría que los jesuitas se esfuerzan por integrar perspectivas complementarias respecto al fenómeno de la inmigración; así se hacen presentes en la investigación e intervención social, en la defensa de derechos y en el acompañamiento humano, en la primera acogida y en una relación sostenida, en la promoción del ejercicio de derechos ciudadanos y en la atención pastoral, así como todo lo relativo a los problemas familiares, a los procesos asociativos, al problema de la vivienda, de integración social y cultural etc. etc.

Como veis son muchos los campos que se abren a un trabajo compartido entre jesuitas y laicos, y de modo particular por los lazos que nos unen, entre jesuitas y antiguos alumnos y alumnas. Vuestra presencia en ellos es sin duda preciosa, y quisiera agradecerla muy de corazón, a la vez que os animo a continuarlas y a incrementarla en todo lo posible.

Y ahora, si me permitís, quisiera poner de relieve algunos de los aspectos más significativos del problema de la inmigración, al que podemos contribuir a dar respuesta desde

nuestra condición de cristianos, más aún, de hombre y mujeres que han sido educados en una pedagogía de inspiración ignaciana, que pretende formar a “hombres y mujeres para los demás”.

Me refiero en primer lugar a la **integración social y cultural de los inmigrantes**. Porque el fenómeno de la inmigración no puede quedarse reducido para nosotros sólo en la compasión y la solidaridad, aunque ellas sean tan necesarias. Ni muchos menos, cómo hemos escuchado en estos últimos tiempos, a considerarlos como un factor económico en la subida del producto interior bruto, en la subida del índice de desempleo, o de cambio en la tendencia demográfica de nuestro país. La inmigración comporta para los hombres y mujeres que la sufren, otras penalidades como el de la exclusión social y cultural.

Efectivamente, desde hace unas décadas en Europa, y desde hace pocos años en España, hablar de inmigración es hablar de “**integración**”. Las cifras de inmigrantes empadronados en España no pueden menos que obligarnos a hacerlo así. Pero no siempre resulta fácil definir qué es “integrar” y menos aún, concretar los factores que la componen y los medios que la facilitan. Simplificando mucho, podríamos decir que integrar supone siempre un proceso de doble dirección, basado en derechos y obligaciones recíprocos de dos grupos sociales. O como el diccionario de la lengua española lo define: “la unión en un todo de las partes que lo integran”. Proceso, doble dirección, derechos y deberes, un todo común... parecen ser algunos de sus elementos fundamentales. (cfr J. Martínez, Pensar la integración de los inmigrantes: enfoques y estrategias. CONFER, mayo 2006.)

A nadie se le escapa las dificultades que hay que superar para que se de una verdadera integración. Unas veces tiene que ver con la unilateralidad: los que tienen que cambiar, integrarse, son los que llegan, solemos pensar. Otras veces las dificultades provienen de los muchos ámbitos que la integración abarca: casi todos los de la vida ordinaria de una persona o grupo. Resumiendo, se podría decir que son dos las dimensiones principales que estructuran la integración: la dimensión socioeconómica y la antropológicacultural. La primera, que estaría ligada a las dimensiones estructural y social, implica que la incorporación del inmigrante al nuevo contexto social se haga en condiciones tales que le permitan llevar una vida digna (esto es, que no suponga un factor de pobreza o exclusión social). Y la segunda, vinculada a las dimensiones cultural e identitaria, consiste en que el inmigrante aúne y haga compatibles los dos contextos culturales el de partida (como cultura propia) y el de destino (cultura extraña que debe aprender y respetar).

Estas dos claves son fundamentales para comprender crisis que se dan en nuestras sociedades de inmigración, como la de las revueltas juveniles en los barrios de los suburbios de las ciudades francesas del otoño de 2005. Señalar el problema de la pobreza o de la exclusión social no tiene que ocultar la importancia capital que poseen las cuestiones del reconocimiento y la identidad. No se puede minimizar el análisis de las condiciones sociales que están detrás de las revueltas de los jóvenes inmigrantes en Francia, por ejemplo, pero tampoco no tener en cuenta el horizonte del análisis antropológico. El quid está en no dejar de lado ni una ni otra dimensión.

Esta variedad de trabas, que a veces parecen casi imposibles de superar, está mostrando los numerosos cauces que se necesitan establecer para que el proceso integrador tenga éxito tanto entre los inmigrantes como en la sociedad que acoge. En este contexto de facilitar que esta integración se lleve a cabo en las mejores condiciones posibles y con las mayores garantías de éxito, se enmarca el papel decisivo que tiene la escuela. Nadie mejor que vosotros, antiguos alumnos y alumnas de nuestros Colegios, puede entender lo que quiero expresar a continuación.

Nuestra sociedad está cambiando a un ritmo fuertemente acelerado; ya hablamos con naturalidad y sin sorpresa de vivir en un pluralismo cultural, social, étnico, e incluso religioso. No podemos dejar de reflexionar sobre los problemas nuevos que la inmigración plantea a la escuela. Y debemos hacerlo estableciendo con claridad el horizonte de la cuestión, que está integrado, a mi entender, por dos elementos fuertemente entrelazados: de una parte, la preocupación cristiana que la fe exige de atender y colaborar, en la medida de las posibilidades reales, a la integración social de los inmigrantes; y de otra, nuestra misión educadora que tiene la responsabilidad de

educar a nuestros alumnos y alumnas en la sensibilidad y en los valores necesarios para una convivencia respetuosa y solidaria en una sociedad multicultural, lo cual facilitará a su vez una verdadera integración.

Podríamos decir que a las funciones tradicionales de la escuela como generadora de valores, se une hoy la de constituirse en el lugar privilegiado en los procesos de integración en el espacio social; de este modo, la escuela, una vez más, se erige como la institución social que más contribuye a fundamentar las bases de la construcción de la sociedad del futuro, que será eminentemente abierta y multicultural.

Una mirada realista a nuestro entorno nos debe hacer conscientes de que existe ya una España inmigrante. Y ello comporta, o va a comportar muy pronto, cambios significativos en nuestra convivencia social. Las jóvenes generaciones de hoy van a vivir en una sociedad en que se diversificarán no poco los usos, los estilos de vida, las prácticas religiosas, incluso el lenguaje. Esta realidad la podemos considerar como un problema; desde nuestros miedos, podemos intentar crear a nuestro alrededor un muro imaginario de defensa, o bien, mirarla como una oportunidad llena de riqueza, aunque ciertamente no exenta de conflictos. En la sociedad de la globalización, ninguna sociedad puede permanecer monolítica y cerrada en sí misma, pero además, el intento está llamado al fracaso. O como ha dicho el P. Nicolás no hace mucho: "Si una cultura se cierra frente a una humanidad que viene de fuera, creo que no tiene mucha esperanza de crecer".

Juan Pablo II en su último Mensaje para la Jornada por la Paz (enero 2005), ponía las bases de una "ciudadanía mundial" cuando afirmaba: "La pertenencia a la familia humana otorga a cada persona una especie de ciudadanía mundial, haciéndola titular de derechos y deberes, dado que los hombres están unidos por un origen y supremo destino comunes." (n.6) Para nosotros cristianos la diversidad cultural, étnica y lingüística es un elemento constitutivo de la creación y no puede ser eliminada. En el nuevo contexto histórico, contrariamente al pasado, en muchos países, la diversidad se vuelve algo común, en una realidad más con la que convivir, lo cual visto desde Dios, es una gran bendición. El paso de sociedades monoculturales a sociedades multiculturales puede revelarse como un signo de la viva presencia del Espíritu en la historia y en la comunidad de los hombres, porque presenta una oportunidad providencial para realizar el plan de Dios de una comunión universal, donde todos nos tratemos como hermanos, hijos de un mismo Padre.

Por eso no es válida cualquier política de integración. El Papa Juan Pablo II en el documento "Iglesia en Europa" dice que es necesario individuar posibles formas de una "auténtica integración" de los inmigrantes. Y añade: "Esto exige que no se ceda a la indiferencia sobre los valores humanos universales y que se salvaguarde el propio patrimonio cultural de cada nación. Una convivencia pacífica y un intercambio de la propia riqueza harán posible la edificación de una Europa que sepa ser casa común, en la que cada uno sea acogido, nadie se vea discriminado y todos sean tratados, y vivan responsablemente, como miembros de una sola gran familia". (n. 102)

Si la nuestra ha de ser, pues, una sociedad más plural en mentalidades, culturas y religiones, debemos aprovechar la oportunidad que esto supone; al menos, debemos prepararnos a ello e inculcar en nuestros alumnos y alumnas una serie de actitudes, valores y comportamientos que hagan posible una sociedad en la que la diversidad cultural y religiosa dialogan entre sí y se enriquecen mutuamente, afirmando y compartiendo unas bases comunes de convivencia fundada en el respeto y la solidaridad.

¿Pero será posible educar para esta convivencia plural sin que esa pluralidad se halle presente en los mismos Centros? La escuela es un microcosmos de la sociedad, los alumnos viven en un entorno multicultural, pleno de diversidad y las primeras prácticas de socialización entre iguales y con adultos se produce en el centro educativo. Difícil será entonces aprender y educar para la convivencia intercultural en escuelas homogéneas que a la larga serían segregadoras.

Pero no quisiera ser tildado, con bastante razón, de ingenuidad, o al menos de poco realismo. Es necesario reconocer las dificultades que esto implica, a la vez que recordar las realidades que ya existen en esta dirección en no pocas escuelas católicas y entre ellas de la Compañía. Pero es justo reconocer que existen dificultades no siempre fáciles; para superarlas yo quisiera poder contar con la ayuda decidida de vosotros, los antiguos alumnos y alumnas de la Compañía en España. Existen dificultades económicas por las escasas ayudas de la Administración pública, presiones sociales procedentes de un sector de los padres de familia de los actuales alumnos, dificultades de parte del profesorado al tener que incorporar programas educativos y metodologías dirigidos a gestionar estos procesos. Pero dificultades sobre todo, que provienen de nuestros prejuicios en torno a todo el fenómeno de la inmigración, que genera miedo a las diferencias y desconfianza del extraño.

Quisiera detenerme todavía un momento en otra problemática que afecta a la inmigración. Me refiero a los aspectos asociados a la **sensibilización social y a la opinión pública** ante la inmigración. Parte de nuestra sociedad ha creado frente a ella una frontera de miedo y de rechazo; se han creado tópicos de tipo económico, de inseguridad, sociales, culturales...que acogemos sin la menor crítica y que propagamos con la mayor naturalidad. Por ejemplo se dice “que con la inmigración aumenta la delincuencia, que la inmigración es la primera amenaza contra la identidad cultural nacional, que los inmigrantes están copando los servicios sanitarios, que quitan los puestos de trabajo”. Pero ¿es todo esto verdad? ¿Nos hemos preocupado de informarnos con seriedad? Y es que en realidad, funciona el axioma de que “si los seres humanos definen una situación como real, acaban siendo reales sus consecuencias”. Esto es, si la gente piensa, repite y se publica en los periódicos, o lo dice la televisión, que hay “demasiados” inmigrantes, el hecho es que, sean pocos o muchos, la gente actuará en la práctica como si su número fuera efectivamente excesivo.

Por eso es tan importante la sensibilización social acerca de los problemas de la población inmigrantes, aunque no baste la mera “sensibilización” y sea necesaria una correcta información, así como una conformación de la opinión pública. La insistencia en ciertas imágenes e informaciones han configurado un imaginario colectivo de la inmigración donde destaca la invasión irregular, la trasgresión de las leyes, los actos delictivos,...circunstancias todas ellas que actúan como poderosas justificaciones tanto de nuestro miedo y rechazo individual como de la adopción de políticas de seguridad de parte de los poderes públicos. Esto quiere decir que incluso si los gobiernos aprobasen medidas políticas bien orientadas hacia procesos de integración social, habría enormes dificultades para llevarlas a la práctica sin el respaldo de una cultura pública de la población de acogida.

A crear una opinión pública informada y justa podemos y debemos contribuir todos nosotros, en la medida en que nos interese por conocer la verdadera realidad de los inmigrantes. Es un medio para que la sociedad vaya adoptando una actitud positiva, bien informada, realista, de aceptación, de tolerancia, en definitiva de interés por los demás, por el otro, por nuestro prójimo.

Y es que el debate sobre inmigración genera, con frecuencia, grandes discusiones, a menudo emocionales, sobre diversos aspectos sociales, culturales, legales y en estos meses principalmente económicos. Pero con frecuencia queda fuera de nuestra consideración el verdadero problema: la inmigración es ante todo un asunto de personas. Los inmigrantes son seres humanos; para nosotros, hijos de Dios y hermanos nuestros, que tienen los mismos derechos y los mismos deberes que cualquiera de nosotros.

Así se expresaba el P. Kolvenbach en su homilía en el Congreso de Antiguos Alumnos de Bruselas en 1993, y que tienen todavía hoy rabiosa actualidad: “Cuanto más veáis en los refugiados y en los pobres a seres humanos, con sus esperanzas y sus desánimos, sus penas y sus alegrías, tanto más fuerte será vuestra convicción para combatir los prejuicios basados en esos estereotipos que dan consistencia a un racismo que levanta de nuevo la cabeza, al odio y a la violencia contra los extranjeros, como se ve hoy en ciertos lugares de Europa. Tomando conciencia de que estos nuevos europeos y estos pobres son personas reales, podréis, con la

gran confianza que se apoya en la experiencia, rebelaros contra la legislación represiva, que vuelve a tomar como un eco la actitud del posadero de Belén frente a una joven pareja desconocida que está en necesidad". (Selección de Escritos, II, 623).

Estoy convencido de que tenemos el gran reto de aprender a **mirar** a los inmigrantes, a los refugiados, a los pobres. No es tarea fácil, porque nuestra mirada está condicionada por el lugar y las circunstancias desde donde miramos. Nos da miedo mirar a los que consideramos que no son como nosotros, a los que nos resultan extraños, extranjeros, por su raza, su religión, su lengua, sus ideas, pero sobre todo por su nivel social. El P. Arrupe pedía al Señor que "le enseñase su modo de mirar". Y es que Jesús mira a cada uno como si solo existiera él, con una mirada siempre nueva, una mirada conmovida que le lleva a la compasión: así mira a los pecadores, a los leprosos, a la pobre viuda que acompaña a su hijo muerto. Ante la miseria material o espiritual, a Jesús se le conmueva las entrañas, dice repetidas veces el evangelio. Así ha entendido Ignacio en sus Ejercicios Espirituales que la Trinidad mira al mundo. Y nos sugiere que miremos nosotros también así a ese mundo; y que oigamos sus palabras llenas de compasión y misericordia: "hagamos redención", y que nos ofrezcamos para ser colaboradores de esa misión a la que envía al Hijo.

Me complace citar aquí las palabras del P. Kolvenbach en la Universidad de Santa Clara:

"La injusticia hunde sus raíces en un problema que es espiritual. Por eso su solución requiere una *conversión espiritual del corazón de cada uno* y una *conversión cultural de toda la sociedad mundial*, de tal manera que la humanidad, con todos los poderosos medios que tiene a su disposición, pueda ejercitar su voluntad de cambiar las estructuras de pecado que afligen a nuestro mundo". (Kolvenbach, Santa Clara, octubre 2000)

Aunque nosotros tengamos que poner todo de nuestra parte como si todo dependiese de nuestra actuación, la fuerza motriz de cualquier respuesta a un signo de los tiempos es la fuerza del Espíritu: el "Hagamos redención" de la contemplación de la encarnación, la sentencia de amor concreto que pronuncia el Dios trino mirando al mundo "en tanta diversidad" (EE. 103, 106), un mundo en toda su complejidad, con grandes promesas globales e innumerables y trágicas traiciones.

Queridos amigos y amigas, este es el desafío que nos lanza nuestro mundo globalizado. Son problemas enormes, y pensamos, con razón que nos superan. Pero no se nos pide que los resolvamos todos y solos; se nos pide que al menos, evitemos ser causa del problema, aunque sea con pequeñas actuaciones; que contribuyamos con pequeñas acciones a resolverlo, y aprendamos juntos a mirar como Jesús.

Mirándoles así, romperemos el miedo, traspasaremos esas fronteras que hemos construido en nuestro corazón, y encontraremos el rostro de Cristo en esos nuestros hermanos y hermanas que están en una cruel necesidad, y así podremos escuchar las palabras del Señor: "Lo que hicisteis por uno de estos más pequeños, por Mí lo hicisteis".

Muchas gracias.

Elías Royón S.J. (Provincial de España)